

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN I



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

Rosana Guber y Lía Ferrero

Antropologías hechas en la Argentina. Volumen I / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-4-4 Volumen I

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: Leopoldo J. Bartolomé. Misiones, S.f. / S.a.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

Contenido

Agradecimientos	11
Introducción	15
ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO	
1. El territorio habitado. Origen, arrinconamiento y periferia	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	45
La eternidad de lo provisorio. El sistema geográfico de Enrique Delachaux y el orden de las colecciones antropológicas en la Argentina	47
IRINA PODGORNÝ	
Tucumán y su antropología de provincia con proyección nacional	77
SERGIO CARRIZO	
Religión, política y prehistoria: una nueva apreciación del persistente legado de Oswald Menghin	95
PHILIP L. KOHL Y JOSÉ A. PÉREZ GOLLÁN	
Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida	127
ROLANDO SILLA	
Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)	151
MIRTA BONNIN Y GERMÁN SOPRANO	

Análisis histórico y estado actual de la antropología biológica en la Argentina	183
---	-----

RAÚL CARNESE, JOSÉ COCILOVO Y ALICIA GOICOECHEA

2. Articulaciones locales de la expansión. Procesos de clasificación, colonización y nacionalización

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	219
--	-----

Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto	221
---	-----

ANA MARÍA LORANDI

Invencción, circulación y manipulación de clasificaciones en los orígenes de una antropología misionera	241
---	-----

GUILLERMO WILDE

Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras	275
---	-----

LIDIA R. NACUZZI Y CARINA P. LUCAIOLI

Los llanos riojanos en el siglo XVIII. Problemas, actores y métodos en una investigación interdisciplinaria	305
---	-----

ROXANA BOIXADOS Y JUDITH FARBERMAN

Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogénesis Huarpe	327
--	-----

DIEGO ESCOLAR

3. Nuestra primera antropología social

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	359
--	-----

La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales	361
--	-----

EDGARDO GARBULSKY

Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño	379
--	-----

SANTIAGO BILBAO

De Empedrado a Isla Maciel. Dos polos del camino migratorio HUGO RATTIER	441
¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino ESTHER HERMITTE Y CARLOS HERRÁN	463
Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social HEBE M.C. VESSURI	487
Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe, 1971-1976 EDUARDO ARCHETTI	525
La familia matrifocal en los sectores marginados. Desarrollo y estrategias adaptativas LEOPOLDO BARTOLOMÉ	547
 4. Las lenguas de un país monolingüe	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	575
Los pueblos indígenas del Gran Chaco JOSÉ BRAUNSTEIN	577
Convergencia lingüístico-cultural en el análisis de los toba 'qom' hablantes asentados en el barrio Los Pumitas, Rosario, Argentina MARGOT BIGOT Y HÉCTOR VÁZQUEZ	589
El 'hablar bien' mapuche en zona de contacto: valor, función poética e interacción social LUCÍA GOLLUSCIO Y ANA RAMOS	605
"Guaraní sí, castellano más o menos". Etnografía en colaboración con niños/as en una escuela rural de Corrientes, Argentina CAROLINA GANDULFO	631
Clase, masculinidad y lenguas en el trabajo migrante santiagueño HÉCTOR ANDREANI	657

Introducción

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

Todo un desafío. Toda una distinción. Haber sido encomendadas con la tarea de reunir en estos tres volúmenes algo así como las “antropologías hechas en la Argentina” es una distinción de la Asociación Latinoamericana de Antropología, ALA, por su confianza en que nosotros podríamos hacerlo. Y es también un desafío porque, al aceptarlo, decidimos enfrentarnos a las muchas decisiones que esta tarea demanda: revisar las concepciones acerca de nuestra disciplina, sus historias locales y regionales, los modos de organizar sub-disciplinaria y temáticamente los materiales, los modos de presentarlos y fundamentar la exposición de artículos, autores, temáticas y enfoques y, con todo esto, ayudar a comprender qué nos fue constituyendo como un campo histórico-social académico específico del cual fuimos, somos y seguiremos siendo parte.

Para llevarla a cabo, encaramos la labor como si fuera una investigación, es decir, construimos estos volúmenes como si fuese la elaboración de un objeto de conocimiento. En esta introducción queremos explicar cómo fue ese proceso, explicitando los criterios que pudimos imaginar y finalmente plasmar aquí. Advertimos qué puede y qué no se puede encontrar en estas páginas y por qué, sugiriendo al lectorado una mirada no sólo de los artículos tomados de manera individual, sino del contexto que produce y que resulta de su compilación, organización y secuencia. Un contexto que debiera transmitirnos algo de eso que llamamos “antropologías hechas en la Argentina”.

Las decisiones que fuimos haciendo (más que “tomando”, como solemos decir en la Argentina) partieron de la convocatoria de ALA, cuyo

“proyecto editorial [...] tiene como propósito publicar compilaciones de artículos, capítulos de libros, ponencias, conferencias y otros trabajos escritos fundamentales de autores y autoras de las antropologías de los países que conforman nuestra región o que hayan reflexionado sobre estas. La intención se centra en dibujar un mapa de las antropologías

de América Latina para ir construyendo sus genealogías, sus propuestas metodológicas, sus reflexiones y construcciones teórico-prácticas, con el objetivo de re-conocernos y buscar los puntos de soldadura y las preocupaciones que nos integran o diferencian”.¹

En nuestro caso particular, esa compilación trata acerca de las distintas formas que hemos tenido de hacer distintas antropologías en la Argentina. Para ello, proponemos repasar la propuesta partiendo de las tres cuestiones implícitas en el nombre de esta Colección y desde nuestro caso específico. “Antropologías” en plural, evoca modos de hacer y concebir nuestro *métier* en el país, con particular atención en aquello que hoy llamamos “subdisciplinas” y en su desarrollo a lo largo de la historia del campo. “Hechas en la Argentina” dice, primero, que esas antropologías se hacen, es decir, que demandan un trabajo que, en nuestro caso, es físico e intelectual (teórico, lógico, comparativo y de sentido común), y una producción que no se limita a la reproducción mecánica de la llamada “antropología clásica”, “central” o “metropolitana” porque, en segundo lugar, hacerlas en la República Argentina tendría un plusvalor (este término en varios sentidos) que las diferenciaría de las “hechas en”, por ejemplo, México, Egipto o Gran Bretaña. Por último, es este un objeto cultural, más precisamente una selección hecha pública en un libro de tres volúmenes. Como nos lo viene enseñando nuestro colega Gustavo Sorá, quien nos regaló una mirada global de este emprendimiento para finalizar y observar esta selección, los libros tienen su historia y su geografía, sus lógicas económicas, autorales y, ciertamente, su organización interna, su secuencia y su magnitud simbólica y material.

A todas estas cuestiones nos referiremos a continuación, porque permiten componer “el problema” de nuestra investigación acerca de las *Antropologías hechas en la Argentina*. Ese problema empezó a plantearse cuando encaramos una selección de materiales que, según creemos, representan, ilustran y hacen a la Argentina y a nuestras antropologías. Esa selección responde al hecho de que el objeto cultural llamado “libro-compilación” es un medio finito para un campo tan vasto y dinámico visibilizado por lo que cierto sector social –el académico– decide hacer público en los libros y los artículos. La característica principal de los artículos académicos es que se escriben para publicaciones –revistas académicas y volúmenes compilados– y su principal característica es su evaluación previa en cuanto a la calidad y al contenido.

Si tres volúmenes expresan un límite sumamente estrecho para todo lo realizado en más de un siglo de trabajo, la cara más visible del problema de nuestra

1 <https://www.asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/index.php/publicaciones/coleccion-antropologias-hechas-en-america-latina>

investigación es, obviamente, la pretensión de una exhaustividad imposible por lo extensa, lo diversa, lo abigarrada y lo contradictoria.

Por eso no basta el término “compilación”. Preferimos hablar de “selección”, esto es, de una responsabilidad en esta conformación. El problema es cómo, con quiénes, qué y con qué criterios la hemos construido. Las selecciones que aspiran a “representar” a un país, un tema, un área cultural o un sub-campo (eso que en inglés llaman *readers*), constituyen un tipo de publicación cuyo desafío mayúsculo es expresar a un campo. Solo que, al expresarlo, también lo modela. Lo mismo sucede con nuestros trabajos de campo, cuando contactamos a algunas personas, cuando citamos sus dichos en nuestros informes, y cuando priorizamos algunas perspectivas para construir el problema de investigación. Por eso mismo, en esta introducción queremos explicitar los criterios de esta selección, confiando en que, al cabo de la lectura, o al menos del repaso del índice, esta selección evoque una familiaridad plausible con las antropologías de este país. Hemos aquí nuestro intento de mostrar cómo pudimos construir esta exhaustividad imposible con quienes hacemos, hacíamos y haremos antropologías en, acerca de y desde la Argentina.

Antropología, antropologías, ciencias antropológicas, *Argentinum sensu*

Entre 1957, cuando comenzó a dictarse la licenciatura en Antropología de la Universidad Nacional de La Plata, y fines de 1983, el principio del final de un período de violenta inestabilidad político-institucional, era habitual en algunas cátedras introductorias que se dieran dos definiciones del oficio: la antropología *latu sensu* y la antropología *strictu sensu*. La primera se refería al Estudio del Hombre (hoy diríamos “del género humano”²) y la segunda al estudio de la cultura

2 La escritura de esta introducción y la organización de esta selección se llevan a cabo en una época que podríamos caracterizar como “de transición” hacia la reorganización de saberes y prácticas clasificatorias de los géneros. Ambas editoras somos mujeres sensibles y comprometidas con el reconocimiento de la diversidad genérica y con el trato igualitario y no discriminatorio-derogatorio hacia las distintas opciones. Las prácticas de habla y escritura pueden acompañar este proceso de reconocimiento, y de hecho existen distintas alternativas como la “x” (antropólogxs), la “e” (antropólogues) o la explicitación de las opciones binarias (antropólogos y antropólogas), alternativas que se adoptan en algunas dependencias del Estado, que adoptan algunos gobernantes, y que adoptamos en las universidades y diversos circuitos de la militancia. Entre ellas, la opción “antropólogues” es llamada por quienes la emplean “lenguaje inclusivo”. Su particularidad es que incide directamente en el castellano que, como otras lenguas latinas, presenta distintos requerimientos de concordancia de género. Su uso no fue aceptado ni por la Real Academia Española de la lengua castellana, ni por la Asociación de Academias de dicha lengua, que la Argentina integra. La gran mayoría de los artículos aquí reunidos fue redactada antes de que estas opciones fueran siquiera planteadas por el personal universitario. Nosotras

(o de las culturas extinguidas, o de los grupos etnográficos, etc.). Sin embargo, en las primeras cátedras de antropología que se dictaron en el país –el curso libre de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA, 1903) y la cátedra libre de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, 1919)³ antropología se refería a lo que devendría en antropología física primero, y en antropología biológica después. Ya desde la primera Licenciatura en Antropología del país, ofrecida por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT) entre 1947 y 1952 (Carrizo 2008, volumen I), se consolidó la idea de que antropología designaba a la antropología física, pero también a la etnología, la prehistoria y, en algunos casos, a la lingüística con especial atención en las lenguas aborígenes americanas (etnolingüística). En algunos casos se incluía al folklore, una disciplina que contó con su propia licenciatura en 1955 en la UBA (Blache y Dupey 2007, Hirose, volumen III), pero desde 1958 fue subsumida por la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de aquella Universidad. Aclaremos, de paso, que en la Argentina de fines del siglo XIX, la enseñanza universitaria fue impartida por universidades “Nacionales”, como las nombradas (la de Buenos Aires no lleva el calificativo de “Nacional”) o la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), etc. El punto no es menor porque hasta 1958 el Estado argentino sólo reconocía títulos profesionales expedidos por universidades públicas. Desde entonces, se habilitaron las titulaciones de universidades privadas,

decidimos continuar la redacción en los viejos términos por una serie de razones, de las que señalamos tres: para presentar cierta congruencia con ese modo de expresión que nos precede (modo que de ninguna manera supone que quienes así se expresaban no fueran sensibles a la desigualdad de géneros); porque elegir cualquiera de esas opciones no sería menos discutible y nos llevaría a un debate que, al menos por el momento, nos estamos en capacidad de encarar; y porque algunas de nuestras audiencias, tanto iniciadas como legas (no antropológicas ni académicas) requieren, para comprendernos, de cierta familiaridad con la problemática y, fundamentalmente, de una destreza en la lengua y en el habla que les permita acceder a los contenidos de nuestros escritos y, ahora, al manejo de estos giros. Ateniéndonos a la vieja usanza, estamos tratando de contrarrestar el riesgo de perder de vista a quienes son parte de nuestros estudios y con quienes, también, nos queremos comunicar. En tiempos de internet, cuando cualquier escrito en una publicación digital está disponible para quien desee leerlo, nosotras quisiéramos que esta introducción y todas nuestras intervenciones, sean las descripciones que preceden a cada sección, sean las caracterizaciones de las trayectorias y los debates que acompañan a cada artículo (ver infra.) sean semántica y sintácticamente accesibles a la mayor cantidad de lectores, no sólo a quienes sostienen desde la lengua y las jergas su posición y militancia genérica.

- 3 Las cátedras libres fueron una creación de la Reforma Universitaria de 1918 en la Universidad Nacional de Córdoba. Las cátedras libres no formaban parte de los programas establecidos de las cátedras pero permitían incorporar nuevas temáticas y orientaciones paralelamente a las oficiales. El caso de la Cátedra Libre de Antropología creada y dictada por Monseñor Pablo Cabrera en aquella universidad plantea un caso sumamente interesante donde, tal como lo investigó Mariela Eleonora Zabala, una verdad revelada da lugar a otro tipo de verdad, la científica (Zabala 2013 y Otras lecturas recomendadas, Sección 1).

aunque ninguna de ellas ofrece, hasta la actualidad, licenciatura y posgrados en antropología.⁴

Institución	Localización	Grado	Periodo de funcionamiento	Posgrado	Periodo de funcionamiento
Universidad Nacional de Tucumán	San Miguel de Tucumán, Provincia de Tucumán	Licenciatura en Antropología	1947 a 1952	-	-
		Arqueología	1987-continúa	Doctorado en Arqueología	1995-continúa
Universidad de Buenos Aires	Ciudad Autónoma de Buenos Aires	Licenciatura y Profesorado en Ciencias Antropológicas, con orientación sociocultural y arqueológica	1957 /58-continúa	Maestría en Antropología Social	2006-continúa
				Doctor de la Universidad de Buenos Aires, área Antropología	1904-continúa
Universidad Nacional de La Plata	La Plata, Provincia de Buenos Aires	Licenciatura en Antropología	1958-continúa	Doctorado en Ciencias Naturales	1906-continúa
Universidad Nacional de Rosario	Rosario, Provincia de Santa Fe	Licenciatura en Antropología	1968-1976 (cierre). 1984, reapertura-continúa	-	-
Universidad Provincial de Mar del Plata (Universidad Nacional en la actualidad)	Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires	Licenciatura en Antropología con orientación en antropología social y arqueología	1969-1975	-	-
Universidad Nacional de Salta	Salta, Provincia de Salta	Licenciatura en Antropología	1972-1976 (cierre). 1985, reapertura-continúa	-	-

4 Un caso particular es la Maestría en Antropología Social y Política de FLACSO. La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales es un organismo internacional de educación autónomo para América Latina y el Caribe. Fue creado a fines de los años 1950s. Su secretaría general reside en Costa Rica, y tiene sedes y programas en Quito, México y la Argentina.

Universidad Nacional de Misiones	Posadas, Provincia de Misiones	Licenciatura en Antropología Social.	1975-continúa	Programa de Posgrado en Antropología Social. Maestría Doctorado	1995-continúa 1999-continúa
Universidad Nacional de Jujuy	San Salvador de Jujuy, Provincia de Jujuy	Licenciatura en Antropología. Título intermedio: Auxiliar Técnico en Antropología.	1984-continúa	-	-
Universidad Nacional del Centro	Olavarría, Provincia de Buenos Aires	Licenciatura en Antropología, orientación en antropología social y en arqueología. Profesorado en Antropología Social	1988-continúa	Maestría en Antropología Social Doctorado en Arqueología	2015-continúa 2004-continúa
Universidad Nacional de San Martín	San Martín, Provincia de Buenos Aires	Licenciatura en Antropología Social y Cultural	2007-continúa	Doctorado en Antropología Social	2007-continúa
IDES-IDAES/ UNSAM	Ciudad Autónoma de Buenos Aires	-	-	Maestría en Antropología Social	2001-continúa
Universidad Nacional de Río Negro	San Carlos de Bariloche, Provincia de Río Negro	Licenciatura en Ciencias Antropológicas	2008-continúa	Especialización en Peritajes Antropológicos	Resolución 2019
Universidad Nacional de Córdoba	Córdoba, Provincia de Córdoba	Licenciatura en Antropología	2010-continúa	Maestría en Antropología Doctorado en Ciencias Antropológicas	2001-continúa 2010-continúa
Universidad Nacional de Catamarca	San Fernando del Valle de Catamarca, Provincia de Catamarca	Licenciatura en Antropología Social y Cultural Licenciatura en Arqueología	2016-continúa	-	-
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales	Ciudad Autónoma de Buenos Aires	-	-	Diplomatura y Maestría en Antropología Social y Política	2004-continúa

Tabla 1. Carreras en antropología ofrecidas en la actualidad en la Argentina.

¿Pero acaso la antropología sólo era ejercida en las universidades? En buena medida, pero no solamente. El diletantismo y la inquietud del saber por el saber o por la necesidad de resolver cuestiones filosóficas, religiosas, económicas o sociales, siempre estuvieron en los orígenes de las actividades académicas, en la participación en los congresos internacionales, la publicación de libros, las exposiciones, las clases, y hasta los cursos no encuadrados en carreras formales. Los museos, las publicaciones con fotografías, los catálogos, las trastiendas de viviendas abarrotadas de “huacos” o “cosas de antiguos”, para no hablar de las novelas, los diarios de campaña (de exploradores, militares, sacerdotes, ricos un tanto excéntricos, docentes y coleccionistas), las obras de teatro, las artes plásticas y las coreografías, de autores, compiladores y organizadores argentinos y extranjeros radicados en el país precedieron, se superpusieron y acompañan todavía a las antropologías institucionalizadas. La antropología se parece a la historia y a las artes en ese interés aparentemente desinteresado por los orígenes, la colección de antigüedades y rarezas, y la exploración por la exploración misma. De hecho, algunos referentes de la disciplina estuvieron cronológicamente lejos de la antropología disciplinada, mientras que otros aportaban lo suyo desde otras especialidades y profesiones. Y aun siendo contemporáneo a la antropología universitaria y académica, alguien podía convertirse en un exitosísimo arqueólogo, habiendo nacido a la adultez profesional con un título de otra Facultad. Las antropologías argentinas les reconocen un lugar a los sacerdotes jesuitas del siglo XVI (Wilde, volumen I), a un médico devenido en arqueólogo (Bonnín y Soprano, volumen I) y a un naturalista empeñado en construir sistemas clasificatorios que sirvan para exhibir los objetos de la antropología en los museos (Podgorny, volumen I).

Estas reflexiones nos conducen a preguntar cómo llegaba alguien a la antropología, particularmente cuando ésta aún no se había institucionalizado; cómo forjaba su autoridad quien hacía antropología antes y después de la profesionalización universitaria; y a través de qué prácticas, nociones y recursos argumentativos se fue instalando la antropología en temáticas que otros expertos demandaban como propias. Estos interrogantes, que suelen abordar los historiadores, se pusieron en cuestión en relación a la antropología a comienzos de los años ochenta. Fue cuando el antropólogo sudafricano Adam Kuper, famoso por su *Antropología y antropólogos. La Escuela Británica 1922-1972* (1974, versión castellana) polemizó con el historiador estadounidense de la antropología George W. Stocking en torno a quien detentaba la verdadera autoridad en la cuestión, si el historiador de la ciencia o el antropólogo. El resultado del debate fue casi un empate, señalando que lo diferente eran sus preguntas, aun cuando analizaran una misma época o un mismo evento. Lo mismo sucede con los otros temas. Qué podemos decir desde la antropología sobre la economía, la política, la salud, etc. es distinto de lo que puedan decir los economistas, los politólogos, los sanitaristas, etc.

El asunto no es trivial porque, tanto desde una como desde otra perspectiva, la referencia denotativa de “antropología” y sus especialidades cambian con la historia y con las coyunturas. Si queremos ser consecuentes con las habituales críticas al llamado “presente etnográfico” que congela a nuestros sujetos de estudio en el tiempo de nuestros trabajos de campo o de nuestros intereses circunstanciales, debiéramos aplicar esas mismas críticas a nuestras propias antropologías, por ejemplo, las que hacemos en la Argentina. La perspectiva resultante tiene consecuencias interesantes para nuestra idea sobre lo que hacemos.

La antropología se fue modificando en sus medios, sus prácticas, sus bases conceptuales y sus ramificaciones. Retomando lo dicho más arriba, el ejemplo de la Antropología como sinónimo de Antropología Física (Carnese *et al.*, volumen I) y diferenciada sólo de la arqueología, y más tarde refiriendo un campo más extenso, es algo parecido a lo que sucedió con la etnología y la etnografía, que en la Argentina pasaron a integrar la antropología cultural y más tarde la antropología social. En algunas universidades de este país la arqueología fue precedida por la prehistoria, mientras que el folklore, tan exitoso y relativamente autónomo entre los años treinta y mediados de los ochenta, se fue integrando a veces por las buenas, a veces por las malas, a la antropología social. Por su parte, quienes a comienzos del siglo XX se ocupaban de los cadáveres relativamente contemporáneos eran los médicos forenses, mientras que los cadáveres de antaño –momias, osarios antiguos, restos fósiles– eran analizados por los arqueólogos. Hoy la antropología forense es una especialidad que alcanzó un enorme prestigio gracias al Equipo Argentino de Antropología Forense y a circunstancias propiamente nacionales (Fondebrider y Scheinsohn, volumen II). Entre tanto, los saberes que ciertos antropólogos e historiadores desarrollaban desde la Historia y la Prehistoria empezaron a llamarse etnohistoria, la historia de “los pueblos sin historia” y/o la antropología cultural y arqueológica de los pueblos sojuzgados por la conquista y la colonización (sección 2, volumen I). Y cuando hoy se demanda repatriar restos humanos que pertenecieron a indígenas (generalmente jefes), expuestos por décadas en las vitrinas de los museos (de ciencias naturales y antropología) o cuando un equipo de arqueólogos consulta con los pobladores si éstos los autorizan a excavar un sitio, estamos ante una escena donde los humanistas-científicos parecen por momentos arqueólogos, por momentos antropólogos forenses, por momentos antropólogos biólogos y por momentos antropólogos sociales o museólogos. Y por momentos todo esto a la vez.

Desde muy joven, la antropología que llamamos “moderna” nos enseñó las bondades de sacudirnos las divisiones ministeriales, especialmente cuando se estudiaba a las “sociedades sin Estado”, cuando se vislumbraba el parentesco en la política, la religión en la economía, entre tantos cruces posibles. Pero cuando la antropología comenzó a enfocar las sociedades a las que pertenecíamos los académicos, nosotros mismos comenzamos a delimitar jurisdicciones

subdisciplinarias al interior de la gran Antropología. Entonces, nos transformamos en “antropólogos médicos”, “antropólogos de la educación”, etc. Para evitar la ratificación de estas fronteras internas decidimos estructurar esta selección a través de la manera en que nuestros colegas fueron entendiendo y clasificando aquello que hacían, según pasaban la vida, los procesos políticos y académicos, y las modas disciplinarias. Para que el consiguiente ordenamiento de artículos no consagrara determinada clasificación, intentamos revelar las sucesivas marcas del tiempo en nuestro devenir y en nuestro quehacer a través de cuestiones que nos importan y nos preocupan como antropólogos y como argentinos (ciertamente, las secciones 9 y 10 se fundan en este sesgo, pero también reciben alguna impronta los nombres que les hemos dado a las secciones con temas más clásicamente antropológicos (secciones 5 y 6)).

Sin dudas, las inquietudes que suelen dar lugar a las problematizaciones académicas tienen que ver con la historia y con las nociones de temporalidad que practicamos y concebimos como integrantes de las academias. Esas nociones se ponen de manifiesto cuando contamos “la historia” de nuestra disciplina y también, aunque sutilmente, cuando citamos o ignoramos algunos antecedentes en el estudio del tema, cuando planteamos la relevancia de una problemática, cuando fundamentamos nuestro abordaje, cuando bautizamos lo que ya existía o cuando lo rebautizamos, cuando destacamos un término del habla coloquial y local, y lo promovemos a categoría teórica, y cuando, aún en silencio, aludimos de una u otra manera a cierta coyuntura histórica, por ejemplo, aquella en la cual hicimos nuestros trabajos de campo. Igual que las fronteras entre disciplinas y subdisciplinas, las temáticas se instauran, se funden y confunden, y también caen. Por eso, al agrupar los artículos de esta selección, más que apelar a los dominios ministeriales y a sus campos temáticos, tratamos de reconocer qué nos viene preocupando a quienes hacemos distintos tipos de antropología en la Argentina, considerando en lo posible la diversidad de adscripciones subdisciplinarias, las cuales conllevan épocas, formas de trabajo, posicionamientos teóricos y autores de referencia. Para conocer el devenir de nuestras antropologías no basta con reconstruir pasados político-institucionales, trayectorias de grandes personalidades y de escuelas. También son necesarios artículos producidos en distintas épocas que nos muestren sus propias formas de plantear problemas y soluciones, con sus hallazgos y sus cegueras. Cada época suscita distintas aproximaciones, tanto por parte de sus contemporáneos como de sus analistas e historiadores.

Épocas, subdisciplinas, corrientes, temas, cuestiones, escuelas y estilos de argumentación se engarzan en nuestras preocupaciones cuando hacemos antropología. Somos gente reconocida, desconocida, discutida, ignorada y todo esto por una enormidad de razones. Entre ellas es primordial la asociación de cada personaje con cierta época y con una posición en el campo disciplinario, en un país experimentado en crisis políticas y socio-económicas. La permeabilidad

de la política nacional en el mundo universitario y científico, particularmente en una disciplina científico-humanista que sólo existe casi exclusivamente en instituciones públicas, generó distintos alineamientos que no tardaron en expresarse en el lenguaje propio del campo, en las temáticas, los enfoques y las prácticas, navegando entre la fundamentación académica y la lealtad política. Hemos aquí uno de los sentidos que le asignamos al plural en “antropologías”. No nos referimos solamente a las definiciones impuestas según las épocas y los alineamientos políticos que organizaron nuestras adscripciones teóricas, metodológicas, subdisciplinarias, nuestras preferencias temáticas y las escuelas en que decidimos o pudimos formarnos. Nos referimos a un plural de diversidades sucesivas y también superpuestas y coexistentes, no siempre de manera armónica, que incluso pueden no reconocerse mutuamente como perteneciendo a la misma tribu de la antropología. Por eso, esta selección está atravesada por tensiones y oposiciones que no necesariamente significan evoluciones unilineales ni discusiones de trasfondo académico.

Ahora bien, cien años y poco más es un lapso más o menos breve en la historia. Si ese siglo de vida es, además, lo suficientemente dinámico, permite que las diversidades antropológicas se expresen dentro de la temporalidad individual que corresponde al ciclo vital e intelectual. Una misma persona hace antropología atravesando distintas edades, ámbitos de socialización y lugares de residencia personal, social y afiliación académica. Un mismo autor modifica sus autores de referencia, sus campos temáticos, los sujetos de estudio y los estilos de argumentación. ¿Cómo consignar las diversidades de cada quién en una obra con un límite de páginas (o de espacio en la web)? Aunque volveremos sobre el tema, podemos adelantar que en esta selección intentamos presentar distintas formas de pensar, de hacer y de organizar el campo antropológico a través del tiempo. Como somos antropólogas post-esencialistas, no buscamos rasgos diacríticos de la “antropologitud” de cada cual para incluirlo en una historia de la antropología argentina. Más bien, tratamos de reconocer aquellas maneras de interrogar, hacer, pensar y escribir que fueron adscriptas y auto-adscriptas como antropológicas a lo largo de la historia o, por lo menos, a lo largo de la nuestra.

¿Hechas o *Made in LA* Argentina?

ALA nos ha convocado para hacer una compilación que permitiera realizar un “mapa de las antropologías” de América Latina. Y la convocatoria no se expresa como Antropologías argentinas, bolivianas, chilenas, etc. o como antropologías de la Argentina, de Bolivia, de Chile. Miremos más de cerca qué es eso de “Hechas en”, “LA” y “Argentina”.

La primera cátedra que se planteó el estudio de la Antropología Argentina fue en el marco de la primera licenciatura en antropología social que siguió sin solución de continuidad desde su creación en 1975 en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones (UNaM). La asignatura “Antropología Social de la Argentina” se estableció en el primer programa. Sus profesores, Ana María Gorosito Kramer primero, Fernando Jaume después, debieron resolver si la materia trataría sobre la historia, la geografía y la sociedad argentinas, sobre la Argentina vista desde la antropología, o si se trataría de un curso acerca del devenir de la antropología argentina propiamente dicha (una historia de la antropología argentina) y en este caso nuevamente, si se trataría de una “historia de” o una “antropología de la antropología argentina”.

Hasta ahora y con sus variantes, los pocos experimentos curriculares obligatorios u optativos (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Sede Olavarría [UNICen], Universidad Nacional de Córdoba y hasta 2016, Universidad Nacional de San Martín), han combinado dos o más de estas alternativas, principalmente la historia de la antropología como disciplina situada, y la producción de conocimiento sobre determinadas temáticas.⁵ Los programas de las especialidades en arqueología, en cambio, presentan siempre una o dos asignaturas referidas a la Argentina, concentradas en la enseñanza de los panoramas regionales del conocimiento arqueológico y de las corrientes arqueológicas de este país. En esto, las arqueologías se parecen más a las historias y las antropologías sociales más a las sociologías.

En casi todas nuestras carreras las materias teóricas o de historias antropológicas/teóricas de la Antropología Social o Cultural presentan las antropologías nordatlánticas, principalmente la británica, la parisina y la estadounidense (no la ibérica, ni la islandesa, ni la canadiense, ni la irlandesa, que también son nordatlánticas). A menudo implícitamente, se asume que debemos enseñar “la antropología clásica”, aunque los cursos teóricos lleguen a la plena actualidad con autores que aún no se consagraron. La limitación geográfico-política de las autorías se justifica, también implícitamente, en su carácter de “antropologías fundadoras y originales”, iniciadoras de nuestro campo disciplinar tal como lo conocemos hoy. El problema es que esta pretensión no siempre ha gozado de absoluto consenso ni en la Argentina, ni en América Latina. En México, por ejemplo, los inicios de la antropología se reconocen en el contacto-conquista-choque de españoles y habitantes americanos (siglo XVI), no en el evolucionismo de Morgan y Tylor (siglo XIX). En la Argentina, el campo antropológico fue definido por Marcelo

5 Actualmente cuentan con asignaturas de Antropología Argentina la Universidad Nacional de Misiones, la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires-Olavarría, y una cátedra optativa de la Universidad Nacional de Córdoba. Las principales universidades del país que cuentan con licenciaturas y posgrados –Buenos Aires, La Plata y Rosario– no cuentan con materias de este tipo.

Bórmida, un influyente colega no casualmente un italiano, como “el estudio de los bárbaros”, en el sentido que les atribuían los antiguos griegos a los pueblos que hablaban en lenguas extrañas; sus comienzos se remontaban, por lo tanto, a la Grecia clásica y el Mediterráneo. Los antropólogos de origen italiano, suizo, alemán, austríaco y ruso que llegaron a nuestros países (notablemente a Chile⁶, Argentina⁷ y Colombia⁸) e hicieron lo que entendían que era Antropología, enseñaban principalmente autores italianos y centro-europeos—alemanes, suizos, austríacos y algún rumano o checo—; los británicos y los estadounidenses apenas figuraban en las listas bibliográficas. Actualmente, no hay cátedras de antropologías latinoamericanas en la Argentina. Los latinoamericanos ingresan a los programas de estudio como individualidades, no como constructores de sus antropologías nacionales o algunas de sus corrientes.

¿Por qué sería importante, entonces, acotar en el título de esta serie “*Antropologías hechas en*” alguno de nuestros países? Probablemente porque nuestros modos de hacer antropología construyen nuestras naciones y sus distintas realidades, y porque nuestros países y realidades moldean, a su vez, “nuestras” formas de hacer antropología. Si aceptamos esta doble dirección, la nueva pregunta es sobre qué relación entre antropología y Argentina estamos sugiriendo.

La pregunta por quiénes serían los sujetos antropológicos argentinos es pertinente por al menos tres razones. La primera es que nos ayuda a delimitar nuestros universos sin caer en un naciocentrismo esencialista o en la definición jurídica que otorga el certificado estatal de nacimiento, residencia o nacionalización. Por eso, aceptamos no hablar de antropología argentina, del mismo modo que tampoco hablaríamos de antropología estadounidense o mexicana o británica, aun cuando sigamos haciéndolo cotidianamente. Es pertinente, en segundo lugar, porque la Argentina es un país de migración, no sólo de inmigración como lo fue hasta los años cincuenta. Señalábamos más arriba que los desplazamientos poblacionales afectaron también a nuestra disciplina, y agregamos ahora que esos desplazamientos imprimen novedades en medios académicos del exterior. Una tercera razón es que las ciencias antropológicas tal como las practicamos y las enseñamos en la actualidad en América Latina, nacieron en el área nordatlántica,

6 El cura polaco-alemán-austríaco Martin Gusinde, investigador del sur argentino-chileno y de las poblaciones Yámana, Alakaluf y Selk’nam, el lingüista y etnólogo alemán Rudolf Lenz y el letón-chileno Alexander Lipchutz, investigador médico derivado a la antropología cultural, son algunos ejemplos.

7 Los alemanes Roberto Lehmann-Nitsche (a La Plata) y Oswald Menghin (a Buenos Aires), el italiano Giuseppe Imbelloni (a Buenos Aires), el suizo alemán Hans (Juan) Schobinger (a Mendoza), el húngaro Miguel de Ferdinandy (a Mendoza) y el croata Vladimiro Males (a Tucumán), entre otros.

8 El más relevante y conocido es el austríaco Reichel-Dolmatoff, pero también están los alemanes Friede, Wolfran Schottelius y Ernesto Guhl (Restrepo 2014: 87).

desde donde se ha impreso la noción de campos científicos definidos por estándares de calidad, problemas de investigación e instrumentos conceptuales dizque globales en tanto que científicos. Es cierto, sin embargo, que la última compresión témporo-espacial producida por la internet y la accesibilidad de viajes de larga distancia a sectores más amplios de la población, sumado a la oferta de becas y subsidios en un mercado de titulaciones menos polarizado, han vuelto más habitual nuestra circulación como intelectuales, especialistas y antropólogos. No sólo posgrados: también la habitualidad de los encuentros internacionales y regionales. Todo esto sucede en una disciplina cuyo origen fue “el viaje” a otras latitudes o, como se decía en el Reino Unido y en Francia, a los territorios de ultramar.

Precisamente, en las ciencias antropológicas decir “antropologías hechas en” tiene varios problemas, pues nos reenvía, por ejemplo, a una nacionalidad. ¿Pero cuál?: ¿la de quien ocupa la autoría o la dirección de un equipo de investigación?, ¿la del origen de los fondos?, ¿la de la localización nacional del trabajo de campo?, ¿la nacionalidad de la institución que respalda el trabajo? En la Argentina, como en tantos otros países, confluyen nativos y extranjeros en el estudio de variadas cuestiones, configurando un panorama dinámico y diverso. Para dar cuenta de estos movimientos, hemos agregado dos anexos que muestran la activa relación de la Argentina antropológica con las antropologías de otros países. Y así como hubo profesores visitantes que pasaron un tiempo en la Argentina, como Alfred Métraux y Roberto Lehmann Nitsche; otros se establecieron para siempre pero llegaron legos, como el sueco Eric Boman, o ya formados para ocupar cargos de investigadores, docentes y jefes de museos, secciones, cátedras o carreras, como José Imbelloni, Oswald Menghin, Jean Vellard, etc. (Arenas 1991). También hubo colegas que llegaron formados del exterior, y se especializaron en temas identificatorios de la Argentina, como Julie M. Taylor con el tango y Eva Perón, Elmer Miller con los Qom en el Chaco, Antonius Robben y Lindsay Dubois con la guerra sucia/terrorismo de Estado/guerra antisubversiva de los años setenta. Otros vinieron a hacer sus tesis de Maestría y Doctorado, como el brasileño Gustavo Lins Ribeiro con Yacyretá, el alemán Arnd Schneider con migrantes italianos hacia y desde la Argentina, la sueca Susann Ullberg con “la gran inundación” de Santa Fe, las noruegas Marit Melhuus y Kristi-Anne Stolen cuando estudiaron las familias de trabajadores tabacaleros y de colonos del algodón en Corrientes y el norte de Santa Fe, respectivamente, etc. (ver Anexo II).

Otros colegas desarrollaron en la Argentina su formación inicial y emigraron para siempre o hasta sus retiros. Procedentes de distintas generaciones antropológicas y, salvo un par de casos, egresados de licenciaturas nacionales, se radicaron en los Estados Unidos, Canadá, México, Brasil, Ecuador, Venezuela, Francia, Gran Bretaña,

Holanda, Noruega, etc. para seguir haciendo distintas antropologías⁹. Las razones de estas partidas son diversas: las más habitualmente referidas en la literatura historiográfica sobre la antropología argentina son los “exilios”, generalmente en respuesta a la persecución manifiesta, a la amenaza de desaparición y muerte, y al sentimiento de vulnerabilidad en un contexto de guerra interna y represión política directa o a personas ligadas por parentesco, vecindad, amistad, militancia, trabajo, estudio o participación en acciones armadas. Otros exilios comenzaron por la obtención legal de la condición de “refugiado” concedida por los organismos internacionales (especialmente el ACNUR) o el status de judío “regresando a su tierra de origen” (a través de la SOJNUT). Pero también hubo emigración por falta de trabajo, cierre de plazas en las universidades, olas de conservadorismo, demanda de obediencia partidaria o ideológica, cierre de líneas de investigación y marginación u obstrucción a ciertas orientaciones subdisciplinarias y acaparamiento de recursos económicos o de otro tipo por parte de las camarillas dominantes. Hubo quienes emigraron por enamoramiento y quienes permanecieron en el exterior después de concluir sus doctorados porque encontraron pareja, trabajo, continuidad en sus intereses, posibilidades de movilidad académica más promisoría y estable, y reconocimiento intelectual y/o económico.

Lo cierto es que la mayor parte de quienes emigraron no regresó al país, al menos a ejercer la antropología, lo cual tuvo enormes consecuencias para la continuidad de la disciplina a través de las interrupciones políticas, académicas y económicas, y para la restauración de las líneas abiertas en las distintas subdisciplinas antropológicas. Esas continuidades hubieran contribuido a desarrollar escuelas de pensamiento y de práctica. Generalmente, estos “argentinos afuera” (Anexo D) no perdieron el contacto con los que permanecieron, y en algunas ocasiones fueron activos promotores de iniciativas binacionales de formación académica, especialmente en momentos de apertura y renovación política, como sucedió con

9 Eva Verbitsky, Héctor D’Antoni, Judith Freidenberg, María Laura Lagos, Martha Savigliano, Carmen Ferradas, Marcela Mendoza, Mercedes Doretti, Roxana Gitlin, Elena Arengo, Ana Schaposchnik, Juan Manuel Obarrio y Valeria Procupez en Estados Unidos.; Blanca Muratorio, Gastón Gordillo y Jorge Pantaleón en Canadá; Néstor García Canclini (que partió como filósofo y se hizo antropólogo en el país de destino), Eduardo Menéndez, José María ‘Mumo’ Gatti, Miguel Bartolomé y Alicia Barabas en México; María Angélica Carluci (también Blanca Muratorio) en Ecuador (también Blanca Muratorio (otra vez) y Eduardo Archetti); Martha Giorgis en Bolivia, Guillermo Ruben, Beatriz Alasia, Osvaldo Heredia, Rita Segato, Leonardo Fígoli, Adriana Piscitelli, Federico Neiburg, Horacio Sívori, Fernando Rabossi y otros en Brasil; Isabel Aretz, Hebe Vessuri, Santiago Bilbao, José Cruz, Susana Strozzi y Andrés Serbín en Venezuela; Carmen Muñoz Vernand, Claudia Girola, Leonardo Antoniadis, Horacio Belsaguy, Ramiro March y Carolina Kobelinsky en Francia; Glyn Williams y Victoria Goddard en Reino Unido; Florencia Roulet en Suiza; Miguel de los Ríos, Adela Franzé y Adriana Villalón en España; Ana María Mariscotti en Alemania; Eduardo Archetti, Lorenzo Cañas Bottos y Cecilia Salinas en Noruega; Rosa Dierna en Holanda, y seguramente olvidamos a muchos más. Ver Anexo I para algunas publicaciones de un más amplio pero incompleto listado.

los “argenbras” y con los “argenmex” (argentinos en Brasil y argentinos en México) que, previamente exiliados, fueron clave para establecer acuerdos académicos en la última transición democrática.

Este panorama pone en cuestión la relación entre nacionalidad y antropologías hechas en un país como la Argentina. Aunque sus trayectorias fueron, por lo general, exitosas, notables y creativas, en estos volúmenes sólo incluimos a quienes se desarrollaron como profesionales en academias de nuestro país, y a quienes emigraron dejando alguna producción antes de partir. La idea que fundamenta este criterio es que nos permita analizar cómo fuimos transitando nuestra profesión cuando la posición institucional y la académica, tanto como su horizonte profesional, su trabajo de campo y su articulación con determinado contexto político-económico, convivían bajo el mismo Estado nacional.

Decíamos antes que una de las particularidades de nuestra disciplina es que su desarrollo teórico y su creatividad conceptual, su capacidad analítica dependen de nuestros principales interlocutores —aquellos a los que solíamos llamar los “nativos” e “informantes”. Aunque hay quienes se sienten más cómodos con la pura teorización, sabemos que sin la etapa de campo no habría antropologías.¹⁰ Ahora bien: el campo no establece la nacionalidad de la investigación ni de quién la práctica. Leach no era birmano ni Malinowski melanesio. Y es que el campo por sí mismo genera crónicas, no etnografías, es decir, descripciones teóricamente orientadas basadas en el trabajo de campo. El campo no es una “fuente de datos” ni una “cantera de material empírico”. Fecunda y es fecundado por la labor teórica, la capacidad interrogativa y la comprensión de actores ligados entre sí según ciertos términos de sociabilidad, competencia y reciprocidad. Esas capacidades y labores suceden en academias con patrias, con historia, con normas y valores, con estándares de productividad y de calidad. En nuestros países las patrias del campo y de la academia suelen coincidir: quienes hacemos investigación —ni hablar de quienes se dedican a la “gestión”, la “transferencia” o la “antropología aplicada”— vivimos bajo los mismos regímenes, los mismos gobiernos y el mismo Estado que quienes participan en nuestras investigaciones como informantes, respondentes, interlocutores o como los llamemos. Esta proximidad, clásicamente denostada con el argumento de que en antropología es menester experimentar la alteridad, el shock cultural, el extrañamiento, etc., tiene también una gran potencia política. Trabajo teórico y trabajo de campo se encuentran en las interpretaciones que suscitan las descripciones teorizadas que escribimos y protagonizamos los sujetos analistas y los sujetos de estudio. A diferencia de otras disciplinas, en la antropología las teorías no se aplican sobre el mundo estudiado; más bien son

10 Podría hacerse una excepción con la Antropología Filosófica que, por su carácter especulativo, tomamos como rama de la filosofía más que de la antropología. Por esta razón no incluimos en esta selección a importantísimas figuras tales como Rodolfo Kusch y Carlos Berbeglia, entre otros.

puestas en escena y en cuestión desde el campo. Por todas estas razones, en esta selección hemos decidido dar prioridad a los artículos que comunican los resultados de investigaciones empíricas.

Ahora bien. ¿No confirma esta decisión que quienes hacemos antropología desde los “sures” nos limitamos a proveer los “datos” que el norte utilizará para elaborar las teorías con las que, a nuestra vez, miramos nuestros campos en el sur? Esta división internacional del trabajo intelectual entre la recolección de datos y la elaboración teórica sigue siendo una realidad, no tanto o no sólo por imposición nortea, sino por el empecinado juego de los sures de “intentar pertenecer” al norte a través de una política de formación, uso de conceptos y referencia a autores, que es directamente proporcional a la empecinada renuencia a citar a colegas connacionales o de la vecindad regional. Esta realidad innegable e ineludible entremezcla elementos de novedad teórica, que el norte proporciona de manera abigarrada y continua, con requerimientos de supervivencia académica en el sistema científico nativo, donde la referencia a norteamericanos, británicos y franceses es demandada por los pares evaluadores y connacionales nuestros para calificar nuestra obra como realmente “internacional”. Retomaremos algunos efectos de este “estado de cosas” más adelante pero, siguiendo las bases de la invitación de ALA, esta selección intenta reconocer cómo la antropología permite ver y pensar una nación específica, la República Argentina, y cómo la Argentina permite hacer y pensar cierta forma de hacer antropología. Esto puede verse magníficamente en las formas de articular temas, problemáticas, referencias bibliográficas, campo, orientaciones teóricas, uso de conceptos y formas de argumentación. Tenemos colegas que han hecho magníficos aportes a la elaboración conceptual, con poca o ninguna referencia a investigaciones de campo. Ellos son mencionados en los artículos que incluimos aquí (por eso es siempre conveniente mirar las referencias bibliográficas, no sólo para saber si lo han citado a uno).

Poner en valor a las antropologías que hacemos en la Argentina sirve para mostrar la estrecha relación entre los campos empíricos, los trabajos de campo, los trabajos teóricos, las relaciones institucionales ligadas especial pero no exclusivamente con la antropología, y las trayectorias de vida de sus practicantes, desde que van decidiendo sus especialidades, sus escuelas y sus países de formación y de referencia académica. Esta relación produce, lanza o silencia campos de debate, circuitos de referencia a autores y obras, y formas de legitimar y des-legitimar cuestiones, conceptos y aproximaciones.

Esta relación o, mejor dicho, este sistema de relaciones está siempre articulado con las antropologías que se hacen en otros países, pero esta articulación no resulta en una ciencia universal o global, igualmente accesible y sometida a una misma vara de calidad para todos sus participantes. Igual que otros, el mundo antropológico es jerárquico y desigual, promueve a algunos, degrada a otros, y enmudece a la

mayoría, preservando y recreando sus propios exotismos. Mucho se ha escrito al respecto desde América Latina. Conocemos sobradamente los aportes de Esteban Krotz con sus “antropologías del sur”, su referencia a las “antropologías propias” y, también, a las “antropologías segundas”; accedimos al movimiento de la *World Anthropology Network*-Red de Antropologías del Mundo, gracias a Gustavo Lins Ribeiro, Arturo Escobar, Eduardo Restrepo y otros, y también a las formulaciones sobre “las epistemologías del sur” y “la colonialidad del saber” referidas a las ciencias sociales y las humanidades, con el portugués Boaventura de Sousa Santos, el peruano Aníbal Quijano, y el argentino radicado en Estados Unidos. Walter Mignolo, nacido en la Córdoba “gringa” o inmigrante, e integrante en los años 1960s de la misión antropológica de la UNC a Laguna Blanca (Zabala 2016:97).

Al componer esta selección pretendemos que los colegas de otros países y continentes puedan acceder a nuestras antropologías y, al mismo tiempo, conocer aspectos de nuestro país y de nuestros pasados, desde distintos puntos de vista que involucran corrientes antropológicas y formas de pensar la Argentina. Pero esta pretensión no es para averiguar en qué medida nuestra antropología logra ajustarse a lo que se entiende y practica como antropología “en el mundo” (eufemismo de “metrópolis”). Es interesante pensar a la producción antropológica circulando por carriles similares a los de otros objetos. Imaginemos, por ejemplo, una marca cuyo diseñador reside en París (o en *l'École des Hautes Études*), y confecciona sus prendas y accesorios en otras latitudes donde la mano de obra es o más barata o existe en abundancia y con suficiente capacitación (por ejemplo, la Universidad Nacional de La Plata, la de Córdoba o la de Río Negro). El producto es un Dior o un Bourdieu legítimo que lleva en la etiqueta “Made in Argentina”. Pero esta última localización puede considerarse incidental. El modisto seguirá diseñando y quizás le reditúe más producir en la Universidad de la República (Oriental del Uruguay) o en la de Costa Rica. ¿Qué perderá y qué ganará en el desplazamiento? ¿Cuánto reditúa un área cultural en determinada coyuntura (por ejemplo el este europeo a principio de los noventa o el cercano oriente en el cambio de siglo)?

La comparación es un recurso clásico de la antropología y la que estamos planteando entre un diseñador de modas y uno de teorías podría no ser la más adecuada. Menos glamorosa es la imagen de una productora de medicamentos que prueba su efectividad en distintas poblaciones (no locales). También podríamos pensar en el pago de patentes (*royalties*) a las grandes transnacionales por utilizar sus autores, sus ideas y sus novedades. Cuando anteriormente nos referimos al plusvalor generado entre nuestros países, no lo hacíamos sólo recordando la extracción de la plusvalía entre centros y periferias. Lo hacíamos pensando, también, en las dinámicas que las ciencias sociales y las humanidades, como la antropología, sostenemos desde nuestras propias ubicaciones y acaso reproducimos, desigualmente, al interior de nuestras fronteras.

Quizás leyendo estas páginas, muchos se pregunten si en la Argentina nos comportamos como un taller de costura de *papers* cuyo proletariado sigue las instrucciones de los dueños/modistos norteamericanos, franceses, británicos y hasta brasileños, para reflejar su pertenencia a alguna de las grandes marcas. Gracias al sello de autenticidad que garantiza la cita de ciertos autores –los grandes modistos–, nuestros productos/*papers* podrían ser colocados en las exclusivas tiendas de Scopus y Elsevier. Si así fuera, es decir, si así pensáramos y así nos leyéramos, de poco serviría la iniciativa de ALA, salvo para probar cómo ha funcionado, en estos años, cierta droga en una nueva muestra.¹¹

Parece lógico y hasta natural pedir una mirada más sensible y latinoamericanista que rescate los enfoques, los instrumentos conceptuales y las descripciones etnográficas que permitan dar cuenta de cómo argentinos, chilenos, uruguayos, mexicanos, etc. nos fuimos posicionando mientras hacíamos, con tanto esfuerzo y compromiso, nuestros propios campos antropológicos. Pero todo hace pensar que el *habitus* del *anthropos latinoamericanensis* no se ha sustraído todavía del entramado de poder que detentan las antropologías hegemónicas, derivando en ocasiones en un proceder leal y a la medida de esas hegemonías.

Mirándonos en el espejo fronteras adentro, el panorama es más sombrío. Si la ciencia global tiene sus montañas, sus llanuras y sus depresiones, con marcados declives más en un sentido que en otros, la ciencia argentina tiene relieves parecidos. Aunque nuestro territorio y nuestra historia ofrezcan, como otras naciones, un amplio y diversificado campo socio-cultural, el declive alcanza a la comunidad antropológica con su poderosa centralización en el Río de la Plata –UBA, UNLP– hasta mediados de los noventa. Fue a partir de entonces que empezaron a sentirse los efectos de la recuperación en 1984 de la autonomía universitaria, del gobierno tripartito –profesores, graduados y estudiantes– y del sistema meritocrático de concursos abiertos y tolerantes de la diversidad académica, predicados desde la Reforma Universitaria. Esa recuperación permitió ampliar la institucionalidad que, sumada a la continuidad democrática, acompañó el surgimiento de nuevas universidades y la creación de nuevas carreras de ciencias sociales y humanidades. Sin embargo, como ya lo adelantamos, las antropologías no ingresaron al sistema privado de enseñanza superior, por lo cual su desarrollo y expansión acompañó muy de cerca los avatares de la política nacional y, en particular, los de la política académica de docencia e investigación que distribuye, consagra y destruye carreras, capacidades y recursos. Sensible a las políticas económicas y científicas, y sensibilizada, además, por relaciones de campo que

11 Esta Introducción fue escrita entre diciembre de 2019 y principios de marzo de 2020, y se revisó a cuatro meses de la cuarentena por pandemia de Covid-19. Entonces la Argentina, entre otras naciones, fue escenario de prueba de alguna de las vacunas que se producen en el Reino Unido, Estados Unidos. y Alemania. Esa prueba, sin embargo, se llevó a cabo también en sus países productores.

le ponen cara y cuerpo a las cuestiones sociales y culturales, las antropologías argentinas se han organizado rodeando sus “cotos de campo” (¿o eran “cotos de caza”?) en un verdadero colonialismo interno que empezó a suavizarse con las nuevas universidades nacionales, también preocupadas por entornos donde antes “primereaban” los monopólicos sabios del Plata.

Diagnósticos tan conocidos que se convirtieron en verdaderas matrices del lamento y la protesta. Diagnósticos que, no por desalentadores, pudimos desactivar apelando a la palabra y la voluntad. Nos queda, en vez, generar otras figuras desde las cuales imaginar cómo revertir las relaciones de subordinación “que supimos conseguir” (como dice nuestro Himno Nacional).

En el Congreso Internacional de Americanistas de 2009, el colega mexicano Andrés Fábregas Puig se preguntaba si la última obra de Malinowski en los mercados populares de ese país, igual que la de muchos otros estudiosos procedentes de los Estados Unidos, para hacer sus investigaciones de campo al sur del Río Bravo, no era más mexicana que norteamericana o británica. Verdad que las antropologías en nuestros países han mantenido su cordón umbilical con Las Antropologías centrales o metropolitanas, pero también contribuimos con nuestras diferencias que no se limitan a nuestros “informantes nativos”. Más que de asimetrías globales como las apuntadas por los autores de las antropologías del mundo-antropologías del sur, el colega brasileño Roberto Cardoso de Oliveira prefería hablar de Estilos, refiriéndose a algo así como un plus, un énfasis o redundancia a partir de los modos básicos de hacer antropología acuñados en las disciplinas centrales. La noción aparecía en un volumen llamado, precisamente, *estilos de antropología* (1995), compilado por Cardoso y por Guillermo Ruben, un argentino doctorado en París en tiempos de fiebre estructuralista levi-straussiana, radicado largamente en el Brasil y regresado recientemente a la Argentina. En su propio artículo en ese libro, Ruben mostraba, de manera sugerente y creativa, la particularidad de la antropología canadiense *quebecoise* como hija de la antropología francesa, pero extremadamente atenta y deudora de la estadounidense, a la que ubicaba en la posición del “tío materno”. Beatriz Alasia, historiadora cordobesa formada como antropóloga social en el Museu Nacional de Río de Janeiro, y más conocida por su apellido de cuando estaba casada con el arqueólogo Osvaldo Heredia, solía reflexionar acerca del peligro de que nuestras antropologías se convirtieran en meras repetidoras de las antropologías nordatlánticas. Y Denis Baranger, sociólogo porteño que participó con Leopoldo Bartolomé del grupo fundador de la licenciatura socio-antropológica de Misiones, mostró que autores metropolitanos como Pierre Bourdieu no ingresan a nuestras academias de la misma manera, sino a través de lecturas con distintos sesgos que resultan de nuestras preocupaciones y de nuestras formaciones. Por su parte, Hebe Vessuri, una antropóloga argentina formada en Oxford y que vivió buena parte de su vida académica en Venezuela, fue pionera en el estudio sistemático de las asimetrías de las

comunidades científicas y en proponer políticas científicas que reconocieran tanto a quienes se orientan a la ciencia de punta, como a quienes prefieren dar respuesta a cuestiones más cercanas. Cuatro colegas que nos muestran distintas maneras, novedosamente antropológicas, de postular y practicar la relación entre los Nortes y los Sures del mundo planetario y de nuestros mundos nacionales, como La Argentina, un país que constitucionalmente fue definido como La República y que arrastra el artículo LA como indicio de un proceso político tan arduo y complejo como sus antropologías.

El libro: objeto cultural y síntesis de relaciones sociales

Todas estas disquisiciones acerca de los avatares de la antropología, de la Argentina, y también de las personas académicas dan una idea de la magnitud de selecciones como ésta. En efecto, decir que el problema principal de este volumen son los límites de la selección misma alude a un “problema” en todas sus acepciones: como cuestión a investigar, como cuestión a resolver y como inconveniencia. A continuación intentaremos explicar cómo procedimos para construirlo, resolverlo y superarlo.

Nosotras, dos antropólogas nativas por nacionalidad, titulación y práctica académico-profesional, con alguna trayectoria en la investigación y en la actividad gremial de la disciplina, explicitamos entre ambas nuestros sesgos, los que habían permeado nuestra formación y nuestra práctica académica en antropología social, nuestros ámbitos de trabajo y nuestros posicionamientos personales y laborales en el campo antropológico argentino. Seguidamente, y convencidas desde un inicio que el desafío valía la pena, nos aventuramos a trazar distintas problemáticas ligadas a las áreas de conocimiento y a las subdisciplinas según nos lo dictaban nuestros saberes y la experiencia. Así, tratando de imaginar un formato que fuera interesante empezamos a definir una lista básica e indiscutible de figuras, textos y temas, como si fuéramos ensayando distintas hipótesis entre el campo y nuestros presupuestos.

Siempre deseando evitar groseras omisiones y exageradas sobre-representaciones en un mundo cada vez más diverso y cuantioso, decidimos hacer una especie de encuesta/consulta por correo electrónico a nuestros colegas cercanos, a colegas de estos colegas cercanos, y a colegas de los colegas de los colegas cercanos. Les preguntamos qué autores, líneas o trabajos los habían influenciado, a qué escuelas antropológicas se afiliaban y qué textos deberían figurar en esta compilación. Las respuestas fueron sorprendentes: quienes contaban con más de 40 años de edad, y probablemente se formaron antes del 2000 apenas reconocían formadores locales, y la mayoría recomendaba autores norteamericanos y franceses, y libros. Les contestábamos que se trataba de antropologías hechas en la Argentina, y que

por razones de espacio no podíamos publicar libros sino artículos¹². El panorama que derivaba de esta consulta resultaba (como la encuesta misma) en una serie de colegas que miraban más hacia afuera que a la propia comunidad (lo cual no sucedería ni en Estados Unidos ni en Francia). Los colegas locales más usualmente referidos eran los que ya habíamos previsto, pero constituían un número mínimo para lograr un panorama complejo de nuestra antropología. Por su parte, quienes tenían menos de cuarenta años de edad podían reconocer formadores argentinos y algunos latinoamericanos, principalmente brasileños.

Valiéndonos de nuestra condición de antropólogas nativas, empezamos a construir una “muestra” de la totalidad antropológica que queríamos incluir en esta selección y que procedía de un diálogo entre “el campo” y “las investigadoras”. Entonces, nos pusimos a leer casi ininterrumpidamente durante ocho meses. A veces merodeábamos por varios artículos de un mismo autor y a veces comparábamos a dos autores en torno a la misma cuestión. Queríamos incluir distintas miradas sobre las mismas cuestiones para identificar distintos enfoques, cosa que conseguimos a veces. Pero el fantasma del límite de páginas siempre nos acompañó.

Revisamos la lista inicial, agregamos y sacamos, y compusimos un gran cuadro ordenando alfabéticamente por apellido y completando la afiliación institucional, la localización geográfica de los campos, la subdisciplina, el área cultural del trabajo, el medio de publicación, el año de edición y el número de páginas. Después hicimos algunos gráficos y sacamos frecuencias de todas estas variables para tener un panorama de la publicación y corregir posibles sesgos. Nos sorprendieron los resultados, sobre todo porque algunas tendencias no eran corregibles: reflejaban nuestra historia (Anexo III).

Las variables tenían sus subcategorías. a) afiliación institucional y localización geográfica de la institución (Noroeste NOA, Nordeste NEA, Cuyo, Centro, Pampa, Patagonia y Área Metropolitana de Buenos Aires-AMBA), b) subdisciplina antropológica (antropología social/cultural; folklore; antropología biológica; arqueología; etnohistoria; antropología forense; historia y antropología de la antropología); c) área temática (económica, social y parentesco, política, educación, movimientos sociales, relaciones interétnicas, cuestiones indígenas, cuestiones jurídicas, violencia/seguridad/guerra, estudios urbanos, salud, otros); d) medio

12 Alguien respondió a nuestro requerimiento diciendo que a ella la habían influido libros, no artículos. La respuesta es bastante lógica porque en nuestra disciplina los conocimientos se expresan en etnografías o, como se decía antes, en monografías, rara vez con menos de 150 páginas. Sin embargo, el sistema científico nos evalúa por las revistas donde publicamos nuestros artículos, rara vez con más de 30 páginas incluyendo notas y bibliografía. Los libros suelen tener menos valor en la ponderación general porque se supone que no garantizan calidad académica y, probablemente, porque los evaluadores no quieren, ni pueden, ni tienen tiempo para leerlos.

de publicación (revista o capítulo de libro; revista argentina o extranjera; idioma de publicación); e) número de páginas y f) año de la publicación. Al respecto agrupamos los años en períodos político-académicos:

pre-1957 o pre-profesionalización universitaria en UNLP y UBA;

1957-1966 o lanzamiento de licenciaturas y especializaciones en las principales universidades del país;

1966-1984 o período de riesgo de los programas de antropología¹³;

1984-1995 o período de transición democrática e instauración de la antropología social a nivel nacional, con el recurso de programas de formación de posgrado en el país y en el exterior (particularmente Brasil);

1995-actualidad o período en que se gradúan y post-gradúan quienes estudiaron en la Argentina y en el exterior durante la transición democrática y la consolidación de la autonomía universitaria: se gestan nuevos programas de grado y posgrado en antiguas y nuevas universidades.

La diversidad interna de las ciencias antropológicas muestra, prácticamente, un compendio de distintas ramas del saber donde convergen las ciencias naturales, las sociales y las humanidades. ¿Cómo dar cuenta de semejante arco? Precisamente otra característica de esta selección es que la mayoría de los artículos tiene un abordaje que sus autores caracterizan como antropológico-social/cultural. Este sesgo obedece a tres razones: la primera es que coincide con el de la serie *Antropologías bechas en ...* el cual, aunque invita a publicar artículos de “antropología” en general, ofrece material que encuadraríamos en la antropología social o cultural, la etnología, acaso el folklore y probablemente la etnohistoria. La segunda razón es que en la Argentina, la antropología social ha constituido un verdadero *boom* que revolucionó las ciencias antropológicas, y agitó las aguas de las ciencias

13 En 1980 la Argentina contaba con tres carreras de grado en antropología, de muy distinto carácter y, todas ellas, sobrevivientes de las licenciaturas instauradas antes de 1974 y clausuradas para entonces: la de la Universidad de Buenos Aires, con las orientaciones arqueológica, folklorológica y etnológica; la de la Universidad Nacional de La Plata, de orientación biológica, y la de la Universidad Nacional de Misiones, en Antropología Social. Fue en ese año cuando el Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina-CGA-creado en 1972 logró impedir que se concretara la propuesta del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA para convertir la licenciatura en Ciencias Antropológicas en una orientación de la carrera de Historia. Como se observa en el Cuadro de grados y posgrados (p.4), ya en democracia se reabrieron las licenciaturas de las universidades nacionales de Rosario y de Salta, y se generaron la de Jujuy, Olavarría, Córdoba, San Martín, Catamarca, Tucumán y, la última, la licenciatura de Río Negro en S.C. de Bariloche. Mar del Plata no volvió a abrir sus puertas.

sociales y las Humanidades. En efecto, después de persistentes aunque vanos intentos de suspender la denominación antropología social de las universidades nacionales y sus grados entre 1974 y 1983, el período de reorganización de las ciencias sociales en la Argentina que se inició en 1984 y consolidó a mediados de los noventa estableció a la antropología social como la nueva subdisciplina hegemónica del campo antropológico. En consecuencia, y como tercera razón, la Antropología Social englobó (por no decir “subordinó”) a la etnología y el folklore, disputó con la Etnohistoria, y se fue diferenciando de la antropología biológica y la arqueología (aunque en algunas academias la conversación entre ellas sigue siendo posible). De manera que nuestra decisión fue incluir algunos materiales de o sobre estas últimas que pudieran dialogar con las primeras o que proveyeran algún panorama de la subdisciplina (como en el caso de la Antropología Física-Biológica). A la etnolingüística que excepcionalmente forma parte de los grados en antropología en la Argentina, le dedicamos la sección 4 (volumen I).

Otro sesgo corresponde a las áreas geográficas que algunos colegas llamaban “áreas culturales” (Enrique Palavecino 1977) sobre las que tratan los textos. Aunque la mayoría de las afiliaciones institucionales se localicen en el Río de la Plata, los artículos se reparten de manera más equitativa, primero sobre el Área Metropolitana de Buenos Aires y el Nordeste, después sobre el Noroeste y el Centro. La presencia de universidades con oferta de grado y posgrado es central para generar, a su alrededor, “campos etnográficos” o, mejor dicho, “etnografiables”. Y si bien el Noroeste es un área sumamente transitada por la Etnohistoria (aunque de autorías afiliadas en AMBA), también es cierto que el área cuenta con 3 licenciaturas en Antropología (Catamarca, Salta y Jujuy) y dos en Arqueología (Tucumán y Catamarca). Además, hay que contar con el *boom* cordobés que en diez años desde 2001 creó maestría, licenciatura y doctorado, en un cuarteto correspondiente a la antropología social, la arqueología, la antropología física y la antropología forense, bajo el paraguas del Museo de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba que también generó su revista y sus especialistas en museos. Su principal área de ejercicio fue el Noroeste, especialmente Catamarca. La relación es casi la inversa con el Nordeste que sólo ofrece una Licenciatura con Maestría y Doctorado (Misiones) y un campo clásicamente asociado a las ciencias antropológicas, particularmente a la etnología: el área Guaraní y el Gran Chaco. De manera que la gran cantidad de artículos sobre el Nordeste que constan en esta selección no sólo provienen de la academia radicada en Misiones, con alguna participación de la Universidad Nacional del Nordeste (Resistencia y Corrientes), sino de más lejos, principalmente de La Plata y Buenos Aires¹⁴. En cuanto a la Patagonia, que sí cuenta en esta selección con algunos estudios, especialmente en relación a la problemática Mapuche (secciones 2 y 4, volumen I, sección 5,

14 Es verdad que hay antropólogos en grados y posgrados que hacen investigaciones y docencia en carreras no antropológicas, lo cual ocurre en la UNER (Entre Ríos), UNAF

volumen II), sólo tiene un grado bastante reciente en San Carlos de Bariloche (Universidad Nacional de Río Negro).

Atendiendo a la época y al año de publicación, las diferentes proporciones acompañan el desarrollo de las ciencias antropológicas, particularmente de la Social, la masividad universitaria y el refuerzo de las políticas científicas. El mayor número corresponde al período post-95, cuando comienzan a publicar quienes terminan y, a veces, regresan de sus posgrados antropológicos. El período anterior (1984-1995) tiene en esta selección tantos representantes como las casi dos décadas que van desde el comienzo del dictado de las licenciaturas de Buenos Aires y La Plata, y la especialización en Rosario, hasta la intervención de las universidades nacionales bajo el gobierno de Estela Martínez de Perón (1957-1974). Del período previo a la institucionalización nos hubiera gustado publicar textos de sus principales figuras, pero lo vimos inviable por dos razones. La primera es que sería muy difícil reunir sus postulados en un solo artículo (época en la cual, además, los artículos eran mucho más extensos que en la actualidad); la segunda, porque los planteos de aquellas épocas se discontinuaron por distintas razones y son hoy de difícil comprensión sin algún puente explicativo. Por eso, decidimos publicar artículos de otros colegas que han leído a aquellos autores y los han caracterizado analíticamente.

Como señalábamos más arriba, el tiempo no sólo modifica las condiciones nacionales, académicas y científicas; también modifica a las personas. Congelar, como el “presente etnográfico”, a un colega por un artículo escrito en determinada época y cuya argumentación pudo ser discutida posteriormente, es ofensivo en una academia como la argentina que se precia de estar al tanto de las últimas novedades. También señalamos que algunos autores, testigos de varias épocas antropológicas, no pueden ni querrían verse retratados en una sola de sus obras. Pero este es un libro con extensión limitada, por lo que nos resulta imposible reiterar varios artículos de un mismo autor. A Hugo Ratier, por ejemplo, no podemos publicarle, siquiera, su obra más conocida, *Cabecita Negra*, por la extensión de ese verdadero y fundacional estudio sobre el racismo socio-político criollo publicado por el Centro Editor de América Latina. De sus artículos, podríamos haber elegido algunas de sus muchas obras desde que empezó a escribir antropología en los años sesenta hasta la actualidad. Asimismo, en el caso antropológico, los autores pueden pasar, a veces inadvertidamente, por varias subdisciplinas. ¿En cuál sería más representativo, por ejemplo, José ‘Pepe’ Pérez Gollán?: ¿arqueología?, ¿etnohistoria?, ¿museología o historia de la antropología? Para resolver los inconvenientes que plantean colegas activos y creativos, que fueron testigos y protagonistas del devenir de la antropología argentina, procedimos

(Formosa), UNNE (Nordeste: Corrientes y Chaco), Gastón Dachary y de la Cuenca del Plata en Misiones.

a elegir sus contribuciones más significativas por lo rupturistas o novedosas en sus respectivos contextos de publicación. Además de consultarles si estaban de acuerdo con volver a publicar el texto, decidimos elaborar una “Nota al pie” para el encabezamiento de cada artículo, donde consta su publicación original y las características del debate que dicho artículo retoma. En algunos casos, las autoras nos acercaron una “puesta al día” o postscripto, que agregamos al final de la versión original (Vessuri, sección 3; Golluscio y Ramos, sección 4).

A esta altura es evidente que nos limitamos a incluir artículos ya publicados¹⁵. Fue por razones prácticas ante la magnitud de la tarea, pero fue principalmente por la calidad de lo que fuimos encontrando. Ubicar lado a lado materiales de distintos tiempos, enfoques y aproximaciones, siempre inteligentes y novedosos se nos hizo la vía más directa para mostrar y mostrarnos el enorme crecimiento de las ciencias antropológicas en la Argentina, las posibilidades de diálogo entre ellas y en su interior, y la extraordinaria calidad de estos escritos, sorprendentemente ignorada por la excesiva referencia a autores metropolitanos. Esperamos que al cabo de la revisión de esta selección y la lectura de al menos algunas de sus obras, este sesgo se modifique en favor de una mayor conciencia de nuestras capacidades.

Quizás por estas razones decidimos también concentrarnos en las revistas antropológicas, tanto las más antiguas y de toda la disciplina, como *Runa* del Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* (hoy Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano) y *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (SAA), y también *Etnía* del Museo olavariense Dámaso Arce, e *Intersecciones* de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, también en Olavarría; la *Revista del Museo de Antropología* de la Universidad Nacional de Córdoba y *Publicar en antropología y ciencias sociales* del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina. De las revistas especializadas nos concentramos en *Cuadernos de Antropología Social* de la sección homónima del Instituto de Ciencias Antropológicas de UBA; *Memoria Americana* de los etnohistoriadores también de UBA, *Avá* del Programa de Posgrado de Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones y *Estudios de Antropología Social* del Centro de Antropología Social del IDES de Buenos Aires. Además, recurrimos a publicaciones temáticas y de ciencias sociales como *Estudios migratorios latinoamericanos*, *Cultura y Religión*, *Salud Colectiva* de la Universidad Nacional de Lanús (Conurbano Bonaerense), *Desarrollo Económico* y *Clepsidra*, ambas del IDES. De otras disciplinas incluimos *Signo y Señal* del Instituto de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras de

15 Sólo tres son inéditos. Dos fueron agregados porque muestran instancias desconocidas o sub-estudiadas en nuestro campo, y el tercero es una síntesis que permaneció inédita acerca de una temática apenas rozada por nuestras antropologías y que habla de nuestra única guerra internacional, la de Malvinas (1982).

UBA, y publicaciones de otros países como *Cuadernos de Geografía* de Colombia, *Boletín de Americanistas*, *Mana* del Programa de Posgraduación em Antropología Social de la UFRJ, Brasil, *Pensamiento Iberoamericano*, *Indiana* del Instituto Iberoamericano de Berlín, *Ethnography and Education*, *Current Anthropology*, la chilena *Estudios Atacameños*, *Folklore Americano*, *TSN Revista de Estudios Internacionales* de España, *Boletín de la Sociedad Suiza de Americanistas* y la *Revista Española de Antropología Americana*. Los artículos en compilaciones figuran en libros publicados en la Argentina y en el exterior. Una pequeña parte de los artículos estaba en inglés y quisimos re-publicarlos en castellano para que fueran más accesibles en nuestro medio.

Valgan estas aclaraciones para intentar responder cuál es el eje general que vertebra estos tres volúmenes. Mostrar qué y cómo hicimos antropologías en la Argentina. Pero esta amplitud puede acotarse revisando la estructura de los volúmenes. Los artículos no están agrupados por subdisciplina¹⁶, ni por campo temático, ni por perspectiva teórica, ni por el momento de la publicación. Con los materiales seleccionados decidimos agruparlos según las distintas dimensiones de qué es y cómo es vivir en la Argentina, dimensiones interrogadas desde lo que nos inquieta y nos interesa a quienes llevamos nuestra existencia en este territorio, bajo este Estado, y con la experiencia de haber pasado una misma historia desde distintas posiciones, siendo una de ellas la de hacer antropología. Dijimos al comenzar esta introducción que el problema de este libro es qué (y a quiénes) incluir en la selección. La decisión no fue promover modelos de quehacer antropológico, ni reconocer a las (pretendidas o reales) “cabezas de linaje”. La idea fue, en cambio, reconocer a través de los textos, cómo planteamos esas preocupaciones y cómo resolvemos los problemas a través del diálogo entre conceptos, trabajo teórico, trabajo de campo y condicionamientos académicos. Claro que la antropología en la Argentina planteó y resolvió más cuestiones que las que pudimos incluir aquí. Y claro que algunas cuestiones apenas fueron rozadas por la disciplina. Precisamente por eso fuimos pidiendo a nuestros colegas que nos ayudaran a pensar las secciones, las trayectorias de los autores y las de los campos que cada sección reúne intra e inter-disciplinariamente, y también a reunir una pequeña pero ilustrativa lista de lecturas recomendadas sobre los temas de cada sección. Así, cada una de las 14 secciones se presenta con un breve resumen de su idea básica, una página de lecturas complementarias, generalmente libros, y las palabras clave de los artículos que la sección contiene. Al pie de la carátula que encabeza cada artículo incluimos el medio original de publicación y un generoso pie de página donde explicamos, con ayuda de sus autores y/o de otros colegas, en qué debate interviene y a qué momento de la trayectoria del autor pertenece ese escrito. Además, para recorrer con mayor fluidez por esta densa obra, pensamos

16 Evitamos por todos los medios caer en una sistematización de tipo ministerial, con secciones dedicadas a los mismos temas que caracterizan las oficinas del Estado (salud, vivienda, educación, economía, etc.).

que era conveniente ayudar a los lectores a conectar cada sección y artículo con otros artículos en otras secciones. Las obras se vinculan y presentan por afinidad geográfica y temática y por complementarse u oponerse teóricamente.

Hablemos, finalmente, de las ausencias. La más importante, y que merecería alguna iniciativa similar a esta, se refiere a los artículos dedicados a la gestión y la transferencia, lo que antes se designaba como “antropología aplicada”. Estas experiencias, que apenas alcanzan la instancia de la publicación, encierran grandes esfuerzos y suelen estar excluidas de los contenidos curriculares de las carreras y los posgrados. Aunque algunos artículos rozan la cuestión (Hermitte y Herrán, volumen I, Frederic, volumen II, sección 11, volumen III), la experiencia es tan interesante como diversa. Dentro de este rubro pero también como problema de investigación, se cuenta la literatura sobre patrimonio cultural, de gran calidad y proyección política (remitimos a artículos y lecturas recomendadas de las secciones 12 y 13, volumen III). Por último, hay dos grandes ausentes: una sección dedicada exclusivamente a cuestiones de género, y que tratamos de remediar distribuyendo la temática en distintas secciones (3, 4, 5, 9, 10 y 11), y la antropología visual/virtual. En cuanto a la visual, su desarrollo hace uso de recursos mucho más amplios que los empleados por el soporte en papel o la pantalla escrita en las publicaciones digitales. Y para cuando estos volúmenes finalmente se publiquen, la antropología virtual probablemente sea la nueva estrella de las Ciencias Antropológicas, gracias en buena medida a la cuarentena por pandemia del 2020. En todos estos casos, creímos que un artículo suelto de estas áreas temáticas no haría justicia a campos tan ricos y pujantes.

En suma y pese a estas y otras faltas, aceptamos el reto de ALA porque creímos que valía la pena la propuesta, como valen la pena nuestras investigaciones aunque nunca concluyan en la palabra inapelable. Al cabo de tantas lecturas, descubrimos que la verdadera pregunta era cómo, pese a todos los contratiempos, logramos generar una disciplina tan dinámica, creativa e indisciplinada como la que presentamos aquí. ¿Cuáles fueron las estrategias? ¿En qué consistió nuestro impulso y nuestra creatividad? Preguntas que nuestros lectorados “de adentro” y “de afuera” quizás logren responder.

Referencias citadas

- Arenas, Patricia. 1991. *Antropología en la Argentina. El aporte de los científicos de habla alemana*. Buenos Aires: Institución Cultural Argentino-Germana-Museo Etnográfico J.B. Ambrosetti.
- Baranger, Denis. 2009. “Bourdieu en América Latina”. En *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Asociación Latinoamericana de Sociología. Buenos Aires.

- _____. 2008. “La recepción de Bourdieu en Argentina y en Brasil”. En *Memoria Académica. V Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata: Provincia de Buenos Aires.
- Bartolomé, Leopoldo J. (coord.). 2010. *Argentina: la enseñanza de la antropología social en el contexto de las ciencias antropológicas*. Red de Antropologías del Mundo/World Anthropologies Network. LASA-Ford.
- Beigel, Fernanda y Hanan Sabea (coords.). 2014. *Dependencia académica y profesionalización en el Sur. Perspectivas desde la periferia*. Mendoza, EDIUNC-UNCuyo.
- Bengoa, José. 2014. “La trayectoria de la antropología en Chile”. *Revista Antropologías del Sur* 1:15-42.
- Cardoso de Oliveira, Roberto y Guilherme Ruben. (orgs.). 1995. *Estilos de antropología*. Campinas-Sao Paulo: Editora da UNICAMP.
- Carrizo, Sergio. 2015. Nacimiento, ocaso, dispersiones y ausencias. Breve relato de la Licenciatura de Antropología en la Universidad Nacional de Tucumán. *Revista del Museo de Antropología* 8 (1): 201-214.
- Krotz, Esteban. 1997. Anthropologies of the South: Their Rise, Their Silencing, Their Characteristics. *Critique of Anthropology*. 17 (3): 237-251.
- _____. 1996. La generación de teoría antropológica en América Latina: silenciamientos, tensiones intrínsecas y puntos de partida. *Maguaré* (11-12): 25-39.
- Kuper, Adam. 1991. Anthropologists and the History of Anthropology. *Critique of Anthropology* 11(2):125-142.
- Lander, Eduardo. (comp.) 2000. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO-UNESCO.
- Lins Ribeiro, Gustavo y Arturo Escobar. (comps.) 2008. *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*. México: CIESAS-Wenner-Gren-Envién.
- Palavecino, Enrique 1977. *Áreas y capas culturales*. Mendoza: Museo de Historia Natural de San Rafael.
- Restrepo, Eduardo y Gonzalo Díaz Crovetto. 2013. Sobre antropologías en plural y disidentes. Entrevista con Eduardo Restrepo. *Cultura-Hombre-Sociedad* 23 (2):199-209.
- Restrepo, Eduardo y Arturo Escobar. 2005. Other Anthropologies and Anthropology Otherwise. *Critique of Anthropology*. 25 (2): 99-129.
- Ruben, Guilherme. 1995. “O ‘tío materno’ e a antropología quebequense”. En: Cardoso de Oliveira y Ruben (orgs.) *Estilos de antropología*. pp.121-138. Campinas-Sao Paulo: Editora da UNICAMP.
- Zabala, Mariela E. 2016. “Tiestos dispersos: una etnografía sobre arqueólogos y antropólogos en Córdoba en la década de 1960”. Universidad Nacional de Córdoba, Tesis doctoral.
- _____. 2013. *Las verdades etnológicas de Monseñor Pablo Cabrera. Una etnografía de archivos en la ciudad de Córdoba*. Buenos Aires: Ediciones Antropofagia. 1ª mención Premio Archetti 2012.